

**ANJEL  
LERTXUNDI**

**Este muro  
de hielo**

erein

# ESTE MURO DE HIELO

---

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

---

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: abril 2018

Título original:

*Horma*

Imagen de cubierta:

Antton Olariaga

Maquetación:

Erein

© Anjel Lertxundi

© De la traducción:

Jorge Giménez Bech

© EREIN. Donostia 2018

ISBN: 978-84-9109-282-7

D. L.: SS-362/2018

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

# ESTE MURO DE HIELO

---

*Anjel Lertxundi*

*Traducción de Jorge Giménez Bech, revisada por el autor*

*Placas de hielo en el cementerio. Ya asoma el sol.*

Juan Kruz IGERABIDE

SIEMPRE TE TENGO A MI LADO mientras trabajo. Mirándome fijamente, inmóvil. Así estás también en este momento: observándome desde tu pequeña butaca gris. Pero pronto rebuscarás en el bolso que siempre llevas contigo, lo cogerás bajo el brazo, y, tras levantarte de la butaca, arrastrarás los pies hasta el extremo opuesto de la sala, donde permanecerás un instante delante de la ventana con la mirada puesta en quién sabe qué, pasarás allí un par de minutos sin hacer nada. Te girarás para volver a la butaca arrastrando las zapatillas. Rebuscarás de nuevo en el bolso, y lo dejarás a un lado.

Repites los mismos gestos casi cada cuarto de hora, como si siguieras una pauta cronometrada que te indicara cuándo levantarte, cuándo volver a sentarte.

Me ponías nervioso hasta la desesperación. Me estoy acostumbrando.

EN LA MISMA SALA, unos pocos años antes.

Marta saltaba de página en página del poemario *Huesos de sepia*, de Montale, que acababa de abrir. La escena me situaba como ante un cuadro del género “mujer leyendo”. Me disponía a hacer algún comentario al respecto, cuando sonó el timbre del

apartamento. Abrí la puerta. Eras tú, con un ramo de claveles rojos:

Hola, *txiki*,<sup>1</sup> me dijiste. Hacía mucho tiempo que no me llamabas así. Cuando viste a Marta, levantaste ligeramente el ramo de flores:

Hoy es santa Marta, lo he leído en el periódico. Toma, y le tendiste el ramo.

Marta cogió las flores. Te dio dos besos, y te agradeció el detalle.

¡Huelen muy bien!, exclamó.

Era verano, las ventanas estaban abiertas. El aroma de los claveles dominaba sobre todos los demás.

Habías venido a ver cómo vivíamos, yo sabía que sucedería antes o después desde el mismo día en que Marta vino a vivir a mi apartamento. Marta, muy afable, te agradeció de nuevo las flores y que te acordaras de su santo. También tú te desenvolviste con discreción. Te marchaste pronto. Dirigí a Marta una sonrisa de disculpa por tu intromisión. Marta colocó las flores en un jarrón, dando así por cerrado el incidente de tu visita.

Aún se ocupó de un par de cosas más antes de regresar al libro de Montale. De nuevo con él, señaló el título:

No sabía que las sepias tuvieran hueso.

El comentario me descolocó.

Son muy blancos, porque tienen mucha cal, le dije, tratando de adivinar si era esa la respuesta que Marta buscaba, pero su atenta mirada me animó a proseguir, más tranquilo, con mis explicaciones: Son huesos bastante blandos, y por eso los usábamos en la escuela para limpiar la punta de la pluma. Y le conté lo que ahora te voy a contar a ti: cómo deambulaba yo, casi siempre solo, entre los desechos arrastrados por el mar, siguiendo las

---

<sup>1</sup> Pequeño, peque. (*Todas las notas son del traductor*)

huellas de las gaviotas en busca de huesos de sepia. Solo recogía los que, picoteados a fondo por las gaviotas, no conservaban ya adherencias de carne. Buscaba los más brillantes. Tenía suficiente con un hueso para todo el año, de modo que escogía el más hermoso; vendía el resto a razón de un cromos por hueso. Pero los que tenían mayor aspecto de barca costaban cinco cromos. Tú no te acordarás de aquellos cromos, pero venían en los envoltorios del chocolate Zahor, y yo siempre te insistía en que compraras Zahor.

Puse música. Pasamos el tiempo, hasta el mediodía, Marta leyendo y yo corrigiendo una traducción. Aprovechando que el tiempo había templado, salimos a tomar un trago al bar Bordari, con el jocosos pretexto de celebrar el día de santa Marta.

Pedimos sendos vermús, el mío con unas gotas de angostura.

No hacía mucho que Marta había venido a la costa desde su pueblo del interior. Le resultaban extrañas algunas costumbres costeñas y, tan pronto oía o veía algo desconocido, comenzaban las preguntas. Aunque cuando la conocí me parecía seria, la frescura de su voz pronto se impuso sobre aquella impresión inicial. A ti te sucedió otro tanto aquella mañana, cuando apareciste con el ramo de flores: tu nerviosismo desapareció como por ensalmo.

No es habitual el cariño con que te ha tratado mi madre, le comenté a Marta, le cuesta mucho superar la primera barrera con la gente que acaba de conocer.

Me tranquilizas, porque dicen que transmito frialdad, me dijo Marta. Sonrió. Luego añadió: Me he sentido una ladrona por arrebatarle a una madre su único hijo.

¿No tenías nada mejor que decir?, le repliqué, secamente.

Me arrepentí apenas acababa de formular la pregunta: no puedo soportar que me recuerden mi condición de hijo único.

Tu madre quería comprobar que te merezco. Y, a primera vista, no me ha rechazado, dijo Marta sin reparar en mi incomodidad.

Alcé la copa de vermulé para brindar, y no dijimos nada más sobre la visita de mi madre.

Hacía medio año que conocía a Marta, y apenas dos meses que estábamos juntos, no deseaba otra cosa que tenerla cerca. Las palabras me salían a borbotones, quería prolongar aquel momento en la barra del Bordari, temeroso de que el mero hecho de movernos de allí pudiera romper el encantamiento:

En el pueblo había varias factorías de escabechado, ¿tres?, ¿cuatro?, no lo recuerdo, y había también una fábrica de hielo. No es preciso ir a Macondo en busca de magia, le dije a Marta con una sonrisa.

Pues que la magia nos acompañe, Fidel, y me besó. Se levantó e introdujo un brazo en uno de los tirantes de su pequeña mochila de color caqui, se llevó la mochila a la espalda, y pasó el segundo brazo por el otro tirante.

No era la primera vez que me llamaba Fidel. Cuando nos conocimos, me presenté como traductor, y desde ese mismo instante me bautizó así.

Tranquilo, me dijo Marta aquel día en tono confidencial, el alias quedará entre nosotros. *Ad usum privatum.*

EL NARRADOR de *Moby Dick* comienza buscando la complicidad de los lectores:

*Call me Ishmael*, llamadme Ismael.

El protagonista de la novela no tiene nombre conocido. No miréis si es pobre o rico, legítimo o bastardo, judío o

gentil. Tanto da: lo que nos interesa es lo que se dispone a contarnos.

El personaje de Melville es un marino. Ismael. Yo, por mi parte, un modesto traductor cuyo nombre su madre ha olvidado.

*Call me Fidel.*

Colecciono buenos comienzos de novelas. También buenos finales. Los apunto en un cuaderno al que aún no he dado nombre. Es uno de mis *hobbys*, casi una pasión.

FIDEL HA ENCENDIDO UN DUCADOS. De tanto en tanto, gira la cabeza para que el humo no moleste a Marta. Habla mirándola. Fidel le arroja cebo con el tema del hueso de sepia, como los pescadores para atraer a la pesca:

Yo apenas conocí el final de esa costumbre de limpiar la punta de la pluma con huesos de sepia, reconoce Fidel, porque ya habían aparecido los bolígrafos Bic. Son más prácticos, claro, que aquellas pesadas plumas de antaño. Pero no mueven a la nostalgia: ni los bolígrafos más sofisticados pueden igualar la elegancia que aquellas plumas de nuestra infancia daban a la escritura. Y cuando desaparecieron de las escuelas —yo tendría unos ocho años—, seguía haciendo prácticas de caligrafía en casa, obligado por mi padre. Los empleados de banca tienen buena letra, me decía. Quería que yo fuera contable.

Marta no pierde palabra, y Fidel, resuelto a sostener la magia, se afana cada vez más en dar con las palabras exactas:

Me estoy viendo escribir con la espalda encorvada y mor-diéndome los labios: en los trazos ascendentes, guío la pluma con la mayor ligereza para adelgazar y estilizar la línea; en los descendentes, por el contrario, oprimo la pluma para engrosar el

rastros de tinta hasta hincharlo. Las letras que escribo adquieren movimiento, como imágenes de cómic.

Fidel revive en su mente las escenas escolares. El niño de alrededor de ocho años ha conseguido completar la frase *El sol brilla con destellos de oro*.<sup>2</sup> No todo es sombrío en la infancia. O sí. Según por dónde se mire.

Fidel vuelve al lado de Marta, tras cerrar la ventana. Apaga la colilla en el cenicero, y la lanza a la basura. No quiere romper el aura confidencial, avivada por la melancólica luz del atardecer.

Para evitar los azotes que el maestro nos propinaba con una vara de mimbre, clavaba una y otra vez la punta de la pluma en el hueso de sepia para eliminar hasta el último resto reseco de tinta que pudiera desfigurar mi letra. Y desde que mi padre comenzó a ocuparse de mi caligrafía, me reñía cada vez que me caía un borrón en el cuaderno, o si hinchaba en exceso el trazo principal de una letra, y me llamaba *inútil*, o *lerdo*, cuando no lograba que las letras quedaran exactamente al ras.

A Fidel se le ocurre pensar que prefería los azotes con la vara de mimbre del maestro que las regañinas de su padre: los azotes dolían en las pantorrillas, pero no en el corazón.

Fidel hace una pausa para respirar. Se guarda para sí una última consideración. Quiere coronar su relato con un digno colofón:

Por lo que sé, no se ha estudiado como es debido la relación entre la buena letra y la afición a la literatura.

¿Cuándo sentiste que te dedicarías a las letras?, le pregunta Marta, cada vez más cómoda en la deriva de la conversación.

Habría que saber en qué consiste la vocación..., piensa Fidel. Pero no quiere perderse en peligrosos remolinos, y opta por responder con otra pregunta:

<sup>2</sup> En castellano en el original.

¿Acaso sabe alguien en qué momento se manifiesta eso que algunos llaman *vocación*? ¿Cuándo se manifestó la tuya? ¿Por qué eres enfermera?

Marta dibuja en el aire un ademán de rechazo para dejar claro que su caso no es relevante:

La decisión la tomaron mis padres, después de analizar las posibilidades económicas de que disponían para pagar mis estudios. Calcularon los costes (viajes, matrículas, libros y demás) de varias carreras medias, incluidos los hipotéticos ingresos una vez finalizara la carrera; después compararon económicamente las carreras entre sí; finalmente, decidieron cuál les resultaba más afrontable, y, *voilà*, soy enfermera. Todavía eventual, pero enfermera. A partir de ahí, ya se verá.

Fidel está a punto de preguntar si, en el caso de que el análisis económico hubiera dado como resultado Magisterio, Marta sería ahora maestra, pero sospecha la respuesta:

¡Sí, por supuesto!

Sin embargo, Fidel insiste:

Pero ¿y si hubieras tenido opción de escoger a tu gusto?

En ese caso, quién sabe; pero hoy, enfermera, claro que sí. Me he acostumbrado a la profesión a la que me obligaron, y trabajo a gusto. No se me ocurre nada mejor. Y, con una sonrisa pícaro, Marta añade: Pero no hasta el punto de traerme a casa el trabajo del hospital, y menos aún hasta obsesionarme con el trabajo.

¿Obsesionarte con el trabajo? ¿No querrás decir, tal vez, como yo?, bromea Fidel.

Tú lo has dicho, no yo.

Marta ha puesto al descubierto con la mayor naturalidad el cálculo económico que hubo tras la decisión de hacerse enfermera, y, de pronto, a Fidel le asalta una pregunta: ¿Por qué

estás conmigo? Y sonrío levemente al pensarlo. Fidel es traductor, y difícilmente habrían aprobado los padres de Marta que lo eligiera como pareja. Pero ambos han muerto, y ya no pueden ejercer presión alguna por el hecho de que el porvenir económico que les aguardaba no resultara el más conveniente para Marta. Del mismo modo, Fidel no deberá afrontar ninguna tensión con los padres de Marta.

Los compañeros de trabajo de Marta la consideran una gran profesional. Lo mismo dirían, Fidel está seguro de ello, si sus padres hubieran escogido cualquier otra profesión para ella. Se le ha quedado grabado lo que Marta le dijo al poco tiempo de conocerse:

Si se emprende algo, es para ser mejor que nadie en ello.

Por tanto, Fidel sospecha lo que Marta pretende conseguir también con él, y por eso, y por prudencia, se traga la pregunta que pugna por asomar a sus labios:

¿Por qué estás conmigo?

AL POCO TIEMPO DE CONOCERNOS, Marta me preguntaba a menudo por mi trabajo, y, como lectora atenta que es, traía a colación cuestiones relacionadas con las letras, revisaba mis traducciones, me ayudaba a aclarar dudas. Pero nunca hablábamos de su trabajo, yo sabía muy poco de sus compañeros, de sus experiencias con los pacientes. A menudo le preguntaba cómo le había ido el día, pero era en vano: Marta dejaba en el hospital el mundo de los pacientes, cuando regresaba a casa había vuelto la espalda a las preocupaciones profesionales.

Bastante duro es ya mi trabajo como para traerme del brazo a los enfermos y sus angustias, me dijo en cierta ocasión, tras

zafarse a duras penas de un paciente esquizofrénico que se empeñaba en invitarla a comer.

Lo tenía teorizado: la mayoría de los oficios se pueden aprender, incluso aquellos que tradicionalmente han sido considerados vocacionales, como la enfermería o el magisterio, pero la materia prima con que trabajan los artistas es la propia naturaleza, algo que no se puede colgar en el perchero al volver a casa después del trabajo. Dar vueltas y más vueltas a las obsesiones no es una ocupación sujeta a horario, no se puede enseñar.

No existe una carrera para escritores y similares, y eso quedará decir algo, concluía Marta.

Quiere decir algo, asentía yo: la vida, sustancia de la literatura, se aprende en la calle, en las relaciones, en el barro, en la lucha, en los fracasos. Pero, sobre todo, en los libros. Por más peripecias que se hayan vivido, sin lectura no hay escritor posible.

La lectura es la universidad del escritor, sostenía Marta. Bueno, y también la traducción, *pospolo*,<sup>3</sup> ¡también la traducción!, añadía con un guiño burlón.

Pero ¿cómo se le explica todo eso a una madre que sueña una carrera *seria* para su único hijo? Pertenezco a la época en que aumentaron enormemente las oportunidades de estudiar una carrera, a la generación que, de aspirar como máximo a ser contable, pasó a estudiar Economía, y tú, mamá, querías para mí una carrera-carrera, decías que soñabas con verme médico, pero yo no deseaba una carrera convencional, y cuando te dije que me proponía estudiar Filología, ¿y de eso se come?, me

<sup>3</sup> El autor da al sustantivo vasco “pospolo” (=cerilla) una connotación hipocorística, haciéndolo variar, además, según el género (más adelante se leerá “pospola”), variación inexistente en lengua vasca.

preguntaste. Hice acopio de paciencia para explicarte mi elección. Las letras siempre estarán ahí, respondiste. Mejor harías en estudiar una carrera de fundamento.

Y añadiste:

Por si acaso.

“Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”. (Lc. 2, 51)

TU VIDA HA SIDO una sucesión de por si acaso. Cuando murió la abuela, no tiraste nada suyo. Por si acaso. Por lo que pudiera decir papá. Guardabas nuestra ropa ya raída con bolas de naftalina contra la polilla, no tirabas ni andrajos ni trastos viejos. Lo guardabas absolutamente todo. Por si acaso. Quién sabe si un día...

Pero ese día nunca llegaba, y las ropas raídas seguían embolsadas en el desván, y los andrajos y trastos viejos, apilados en espera de quién sabe qué.

Hacía años que no subía al desván. Lo hice hace unos meses, cuando puse tu casa en alquiler. ¡Qué no habría allí! Allí estarían mis juguetes infantiles, mis ropas, la cartera de cuero de la primera vez que fui a la escuela, la máquina de coser y el bastidor de bordar que trajiste del caserío Istinga, y también muchas otras cosas que no querías que yo viera –las puntillas y fantasías de recién casada, bien guardadas en algún sitio, con muchos otros secretos enmohecidos–, pero no me puse a rebuscar en las bolsas. Llamé a los de Emaús, y, cuando vinieron, les puse como condición que el desván quedara completamente vacío. Debían llevárselo todo, tanto si tenía valor como si

no, o, de lo contrario, buscaría otra forma de hacerlo. Dejaron el desván blanco y vacío. Y también el olor a moho desapareció junto con las cosas que se llevaron. Y no se cayó el mundo. Más aún: el vaciado del desván aportó un nada desdeñable plus de dinero al alquiler de tu casa.

También muchos de los recuerdos que guardamos son recursos almacenados por si acaso. Un número de teléfono, el feo que nos hizo determinada persona, las ingratitudes, desdenes, desavenencias, humillaciones que conservamos en la memoria... En esa lista de por si acasos que todos tenemos figuran, en tu caso, más que el lado oscuro de papá, tus motivos para no tenerlo presente. Por si acaso... Cambiará..., pensabas. Vendrán tiempos mejores... Pero papá no cambiaba, los tiempos mejores nunca llegaban.

Hoy por esto y mañana por aquello, has pasado casi toda tu vida guardando recuerdos por si acaso. Pero, casi sin darte cuenta, unos traperos como los de Emaús entraron en el desván de tu cerebro para llevarse las palabras, los recuerdos, los sentimientos. Lo has perdido todo, tanto los recuerdos pertinentes como los que conservabas por si acaso, los miedos, medidas, cautelas, prevenciones, secretos que te impedían vivir y te mantenían encadenada a las reacciones de los demás...

Ni en tu memoria ni en el desván de casa queda ya rastro alguno del mayor secreto de familia que has guardado perfectamente toda la vida.

LOS HIJOS O HIJAS ÚNICOS tienen fama de melindrosos, de criaturas mimosas excesivamente protegidas. Esos niños tienen a sus padres como única referencia familiar, y no saben cómo jugar

con sus amigos en la calle, porque han crecido en la carencia de la camaradería y complicidad normales entre hermanos. El hecho de no contar con el espejo de otro hermano o hermana les resta seguridad. Acostumbran a ser solitarios porque son incapaces de contrastar lo que les sucede. Son tachados de egoístas, de introvertidos, de insolidarios...

Fidel acababa de cumplir un año cuando perdió a su hermana gemela. La pobre Miren murió porque no podía respirar, le dijiste un día a tu hijo. Eso es lo que Fidel sabe, no guarda recuerdos de su hermana, en casa apenas mencionabais a Miren —no queríamos hacerte sufrir en vano, le dijiste en cierta ocasión a Fidel—, y Fidel, en la práctica, ha sido hijo único. Está dispuesto a aceptar los tópicos más extendidos al respecto: es solitario, es consciente desde que tiene memoria de la inseguridad que le produce la falta de un hermano o hermana, es muy egoísta, recurre a sus fantasías privadas para camuflar su dificultad para las relaciones, etcétera. Hasta ahí, está de acuerdo, pero no se siente un mimoso rebosante de remilgos y consentido por sus padres: su padre no lo mimaba, antes bien, Fidel se sentía rechazado. Al parecer, no alcanzaba el nivel que esperaba su padre, y de ahí el desdén que este le mostraba. Fidel rechaza resueltamente la tentación de vincular a Miren con la actitud de su padre, pero no olvida de qué manera se enfadaba su padre si se le ocurría barrer o hacer alguna otra tarea doméstica:

Naciste macho, ¿me oyes?, ¡macho!, ¿qué pintas haciendo cosas de niña?

A Fidel le resultaba incomprensible el encono de su padre en apartarlo de pretendidos roles femeninos. O quizá no tanto, tal vez Miren estuviera detrás de todo aquello, pero Fidel no presta demasiado crédito a las explicaciones psicoanalíticas, que considera más próximas a la fantasía que a la realidad.